

TERRITORIO, CULTURA Y PAISAJES EN SIERRA MORENA. EL CAMINO HACIA LA AUTOGESTIÓN

Juan Francisco Ojeda Rivera
Universidad Pablo de Olavide

Rocío Silva Pérez
Universidad Hispalense

ENCUADRE DEL TEMA

El contenido de estas páginas se inscribe en un Proyecto de la Dirección General de Enseñanza Superior del Ministerio, titulado *Propiedad, actividad agraria y ocio en los espacios protegidos de Sierra Morena*, que venimos desarrollando un grupo de investigadores de las Universidades de Jaén, Córdoba y Sevilla, algunas de cuyas hipótesis de trabajo hemos considerado de interés presentar en estas Jornadas, a fin de que puedan ser matizadas, y, en su caso, refutadas, por habitantes y conocedores de la zona en ellas presentes.

Para ello, previa indicación de los contenidos del trabajo, presentaremos una visión general del conjunto de Sierra Morena, para aterrizar en los supuestos que, según nuestro punto de vista, podrían definir la dinámica específica del territorio que hoy conforma el Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche.

En términos generales y en relación con la propiedad –primera de las categorías a estudiar–, los parques naturales de Sierra Morena se caracterizan por la importante significación territorial de la gran propiedad en manos privadas, resultante de la desamortización civil, que ha producido un claro dominio de las explotaciones agrarias de corte latifundista. Este rasgo los diferencia de otros espacios protegidos españoles y andaluces –como, por ejemplo, Sierra Nevada y las Sierras Subbéticas– y les otorga unas características especiales, al tiempo que nos sitúa ante la interrogante de si

pudiesen existir relaciones simbióticas o inconvenientes entre este sistema de propiedad y la conservación de la naturaleza.

La escasez y antigüedad de los datos catastrales nos mantienen ignorantes en relación con multitud de aspectos relativos a la distribución de la propiedad de la tierra en los espacios protegidos, tales como las dimensiones de las fincas que los integran, la naturaleza de los propietarios, su condición rural o urbana, las transferencias de propiedad habidas en los últimos años, los precios de la tierra, la concurrencia de capitales foráneos al sector agrario, la incidencia que ha tenido el ejercicio de los derechos de tanteo y retracto en las compraventas, etc. Aspectos, todos ellos, que pretenden ser abordados en el desarrollo del trabajo de investigación aquí presentado.

En otro orden de cosas, las sinergias entre equilibrio medioambiental y desarrollo económico que persigue la política de espacios naturales, resultan de especial trascendencia en áreas de montaña media como Sierra Morena, donde la actividad agraria ha estado tradicionalmente conducida por el ejercicio de unas prácticas respetuosas con la naturaleza, expresivas de la comprensión entre el hombre y el medio, y, a la postre, responsables del buen estado de conservación de unos territorios ahora protegidos, muchos de los cuales tienen tanto valor por su significado cultural como natural.

Si bien son abundantes los estudios que describen los principales agrosistemas que conforman el modelo de explotación tradicional de Sierra Morena (dehesas, huertas de regadío, distinta tipología de montes públicos...); que insisten en las causas que llevaron a su desarticulación (implantación del agricolismo ilustrado en el siglo XIX, apertura a una economía de mercado a mediados de este siglo, consiguiente éxodo rural e incremento salarial, etc.); o que se centran en la dinámica resultante de este proceso (abandono de huertas, avance del matorral, quiebra de la dehesa, reforestaciones con especies foráneas...), escasean aquellos otros que analizan las transformaciones que se están operando como consecuencia de la aplicación de los programas emanados de la política agraria europea y de la declaración de estos espacios como áreas protegidas. También quieren ser estas transformaciones objetivos preferentes de nuestros análisis.

Finalmente, en estos tiempos en que el turismo rural se ha convertido en una panacea para la revitalización socio-económica de los espacios de-

primidos, al amparo de una serie de conceptos (ecodesarrollo, desarrollo endógeno, desarrollo sostenible), que no por reiterados, están bien definidos, resulta imprescindible inventariar los recursos de ocio que ofrecen estas zonas, evaluar sus posibilidades y diseñar un modelo que salvaguarde a estos territorios de una concurrencia masiva.

2. PLANTEAMIENTOS GENERALES PARA EL CONJUNTO DE SIERRA MORENA

La cultura territorial es el más elemental y el más complejo y elaborado patrimonio de cualquier sociedad. Su elementalidad estriba en que consiste en un conjunto de respuestas primarias de cualquier comunidad humana a las limitaciones, dificultades y recursos que encuentra en su propio espacio vital. Su complejidad y elaboración emanan de la acumulación de experiencias fallidas y exitosas que han ido conduciendo a los productos más elaborados de dicha cultura territorial: Los paisajes.

Los paisajes, como conjunto de elementos objetivos contemplados por distintas subjetividades, se convierten en huellas culturales presentes objetivamente en cada territorio y subjetivamente en cada percepción.

En este marco intentaremos desarrollar la lectura geográfica, el papel histórico y las consecuentes configuraciones paisajísticas de los ámbitos de Sierra Morena, como partes de un mundo mediterráneo definido por un mar casi cerrado y rodeado de montañas (BRAUDEL, F. 1998) y como resultados, a su vez, de grandes o pequeñas influencias atlánticas.

Una solana húmeda, solar de lo diverso

El escalón meridional de la meseta española, fracturado y rejuvenecido por la orogenia alpina, constituye un graderío orientado al sur y al mar. La radiación solar y el agua son, pues, los recursos más elementales y fundantes de esta vieja y media montaña mediterránea. La dureza del roquedo y la pendiente son, por otro lado, sus limitaciones primarias. Las arrugas y fracturas producidas en el alpino constituyen, asimismo, importantes dificultades, pero otorgan a este territorio serrano una de sus más

singulares características: el valor de lo pequeño y lo diverso (valles, vertientes, cumbres/ solanas, umbrías).

Las comunidades humanas que ocupan este espacio lo irán territorializando al socaire de sus capacidades cognoscitivas y tecnológicas y en función de las limitaciones, dificultades y recursos que en cada uno de sus ámbitos van descubriendo o apreciando. Aquella cultura serrana tiene sus expresiones más genuinas en los variopintos paisajes que configuran sus agrosistemas tradicionales, adaptados al dominio de lo heterogéneo –pueblos situados en las faldas y extendidos jurisdiccionalmente desde el valle hasta las cumbres– a la presencia de arroyos y de abundantes fuentes –pequeños regadíos en las vegas y en las cercanías de los núcleos poblacionales– a la gran propiedad agroganadera y extensiva –dehesas– o a la cobertura de necesidades básicas alimentarias –ruedos– y energéticas –bosques comunales–.

Esta cultura tradicional de convivencia, dominio y respeto de lo diverso para asegurar el autoabastecimiento, no sólo cubría tal necesidad, sino que otorgaba a las sierras un papel relativamente importante como exportadoras de ciertos productos de calidad hacia las ciudades y núcleos de los llanos: frutas, carnes, chacinas, cueros, maderas, miel, cera... Aquel patrimonio cultural se expresa y sostiene en la diversidad paisajística, que podía propiciar un modo de vida cualitativamente aceptable, de tal forma que los habitantes de algunos núcleos de Sierra Morena soportaban mejor las crisis de subsistencia, típicas del antiguo régimen, que los de las ciudades más monoprodutivamente agrícolas de las campiñas.

Marginalidad y colonialismo

La ruptura de aquel agrosistema tradicional se produce en el marco y en función de la revolución agraria propuesta por la Ilustración. Los Ilustrados hacen una lectura del territorio muy campiñesa y agricolista, en la que no tienen cabida las variopintas y pluriproductivas sierras. El proceso desamortizador, consecuente con dicha revolución, conduce a una marginalización de las sierras, que no pueden competir en producciones masivas con las feraces campiñas, ni admiten –por sus pendientes y la dureza de sus roquedos– las infraestructuras viarias que acompañaban y propiciaban el progreso y el crecimiento económico moderno.

A pesar de la marginación, algunas de las comarcas de Sierra Morena no pierden el contacto con las grandes ciudades campiñesas, cuyas burguesías adquieren fincas serranas a buenos precios en las subastas desamortizadoras. Aquellos burgueses y desde dichas ciudades redescubrirán la sierra como espacio barato en el que experimentar con nuevas producciones –madera, papel...– exigidas por las necesidades nacionales y conseguidas a partir de repoblaciones forestales de ciclo corto, aunque exóticas. La posibilidad de acumulación de tierras hasta constituir grandes fincas y su posterior configuración como cotos de caza, introducen otra nueva expectativa de Sierra Morena como fuente de recursos primarios o predatorios. Estas sucesivas funciones otorgan a Sierra Morena, durante la mayor parte del siglo actual, el papel de colonia de explotación de las metrópolis andaluzas (Sevilla, Córdoba) y españolas (Madrid).

Aquel modelo colonial de explotación va dejando sus huellas ecológicas y culturales en los paisajes serranos y en sus sociedades emigrantes, decadentes y envejecidas: Se abandonan los pequeños regadíos y las exiguas parcelas de los ruedos, las plantaciones forestales monoproductivas se imponen sobre el bosque comunal tradicional, la dehesa sufre una pérdida de identidad... (ROUX, B. 1975). En definitiva, se consolidan y terminan dominando las maneras de hacer de los nuevos señores del territorio –dueños de cotos, ingenieros forestales...– y las tomas de decisión sobre los paisajes, igual que los beneficios que la explotación de sus recursos van generando, se alejan cada día más de las debilitadas economías y mermaidas poblaciones serranas.

Más tarde, en el marco del paradigma clorofílico, muchos de estos territorios serranos se convierten en reservas de naturaleza, paisaje, agua y oxígeno para los urbanitas, que irrumpen en ellos cada fin de semana, convirtiéndolos en patrimonio de todos en virtud de sus declaraciones como Espacios Naturales Protegidos. El ambientalismo, la clorofilia, el nuevo turismo rural y las subvenciones europeas aparecen y se consolidan en estos momentos como los nuevos redentores de las sierras. En realidad se está produciendo el paso del modelo colonial de explotación al modelo colonial de poblamiento: Las mejoras de las vías de comunicación y de los medios de transporte, así como las últimas tendencias rururbanas de las poblaciones europeas, convierten a Sierra Morena en un espacio cercano y en un territorio apetecido por muchos ciudadanos para vivir estable o secundariamente.

Con este modelo, Sierra Morena exporta ahora a las campiñas y a sus ciudadanos bienes naturales –agua, flora, fauna, oxígeno– o patrimonios culturales – paisajes, matanza, fiestas, cantes, poesía– que no tienen todavía el precio de mercado de los recursos, porque, al no considerarse aún escasos, no se les concede valor de cambio. Con lo que el intercambio económico sigue siendo netamente desigual para la sierra. Pero, además, en estos momentos, los serranos pueden perder las escasas posibilidades de tomas de decisión autónomas con las que hubiesen podido contar, porque este modelo colonial de poblamiento suele expresarse a través del llamado «darwinismo sociocultural»: Técnicos y políticos que saben y deciden, propietarios absentistas que especulan y cobran suculentas subvenciones y serranos que esperan a ser sensibilizados por la «educación ambiental» y a recibir algún subsidio.

Hasta aquí se ha tratado a Sierra Morena de manera unívoca, pero la realidad de un territorio tan extenso y, a su vez, tan bien estructurado en comarcas distintas por los afluentes del Guadalquivir o el Guadiana, es bastante compleja y diversa. Las distintas respuestas que sus diferentes comarcas han podido o sabido ir dando a las problemáticas expresadas anteriormente -vinculadas a las posiciones más o menos relacionadas de cada área con las vías principales de comunicación, a la permanencia o éxodo de sus respectivas poblaciones, a las distintas estructuras de apropiación de la tierra, a las capacidades productivas y adaptativas al mercado, a las relaciones más o menos estrechas y cercanas con las ciudades del llano- establecen diferencias entre ellas respecto de sus encuadres en el modelo general descrito. Aunque en todas partes aparecen elementos diversos, la tendencia o el real predominio de uno o varios de los caracteres anteriores nos permite apuntar hacia una cierta tipología comarcal de Sierra Morena en comarcas cinegéticas (Hornachuelos, Andújar, Despeñaperros), comarcas ganaderas (Pedroches, Cardena-Montoro), comarcas subsidiadas y dependientes de una ciudad (Sierra de Sevilla), comarcas diversificadas (Sierra de Huelva).

3. LA SIERRA DE HUELVA. PARADIGMA DE LA DIVERSIDAD MARIÁNICA

Señalar la diversidad como la característica más genuina de un territorio implica, como punto de partida, reconocer su complejidad. Y la Sierra

de Huelva –en el contexto de Sierra Morena- constituye un espacio complejo y de difícil interpretación. En consecuencia, cualquier diagnóstico socioterritorial de esta comarca debe partir de la consideración de su pluralidad de facetas.

Hablar de diversidad implica, desde una aproximación física al territorio, señalar su disparidad interna. Y el calificativo *dispar* define a la perfección la configuración orográfica de esta Sierra Morena onubense, de topografía más accidentada, abrupta, escarpada e irregular que el resto del escalón mariánico.

Por obvio que resulte, para que un territorio sea diverso desde un punto poblacional debe tener habitantes. Por otra parte, hemos de partir de la consideración de que la intervención humana no siempre homogeneiza los paisajes, sino que, en muchas ocasiones, los diversifica y enriquece. Y esta riqueza se acentúa si aparece acompañada, como en el caso de la Sierra de Huelva, de una tupida red de asentamientos.

Desde la perspectiva de su explotación, un territorio diverso puede resultar problemático, incierto e incluso hostil. Y así ha podido ser percibida esta sierra fronteriza, militarizada y alejada de los centros neurálgicos de poder en distintos momentos históricos

Un territorio diverso es, por otra parte, un territorio múltiple, numeroso y surtido. Calificativos, todos ellos, que evocan la pluriproduktividad que todavía hoy caracteriza a esta sierra y la complementariedad de sus aprovechamientos.

Finalmente, y sin ánimos de ser exhaustivos, lo diverso es agradable, divertido, interesante y hasta sugestivo. Y esta es la sensación que nos sigue produciendo la contemplación actual de los paisajes serranos onubenses.

Esta diversidad, que confiere a la Sierra de Huelva su riqueza y especificidad, al tiempo que se constituye en uno de sus principales recursos, se refleja en múltiples aspectos (unidades de paisaje, manifestaciones culturales, pluralidad de agrosistemas, convivencia entre pequeñas y grandes propiedades, estructura económica variada, etc.), resultantes de una combinación entre componentes de orden físico, geográficos e históricos que, a modo de hipótesis de trabajo, iremos desentrañando en las páginas que siguen.

La disparidad orográfica. Un aspecto distintivo de la Sierra de Huelva

Borde meridional de la vieja meseta española, que juega el papel de tope de prensa ante los empujes del plegamiento alpino, que la arrugan según la dirección armoricana y la fracturan longitudinal y transversalmente a la misma, Sierra Morena es una típica cordillera de borde de zócalo, cuyos caracteres de bajorrelieve y dirección estructural dominante la homogenizan sobremanera. No obstante tal homogeneidad se va perdiendo hacia occidente, donde aparece precisamente la disparidad orográfica, como distintivo de la Sierra de Huelva.

La sensación de territorio abrupto y escarpado que nos produce la contemplación de su relieve, no responde tanto a su elevada altitud (aunque en el sector norte, próximo a la Sierra de Tentudía, se sobrepasan los 1.000 metros, y en los cerros del Castaño y San Cristóbal, situados en las alineaciones centrales, se alcanzan los 962 y 917 metros, respectivamente, la elevación media de esta sierra apenas sobrepasa los 500 metros de altura), como a la complejidad de sus unidades estructurales.

La ordenación interna de este espacio serrano presenta dos zonas bien diferenciadas:

- Una septentrional, conformada por una serie de alineaciones paralelas (Sierras de la Nava, de los Castillejos, de Hinojales, de Viso, Bujarda, etc.), que respetan la dirección armoricana ONO-ESE.
- Otra central, más alta y escarpada (Sierra de Aracena, Sierra de las Cumbres), en la que el relieve aparece orientado en direcciones contrapuestas debido a la presencia de un sistema de fallas entrecruzadas. Es fundamentalmente esta zona central la que rompe la disposición topográfica más extendida en Sierra Morena, caracterizada por la alternancia de estribaciones y valles alineados en dirección noroeste-sureste, confiriendo a la Sierra de Huelva su gran personalidad.

A diferencia de otras comarcas, cuya gradación altimétrica reproduce el esquema armoricano, el relieve de la Sierra de Huelva aumenta progresivamente de altitud desde la periferia hacia el centro. Desde los 500 metros de las Sierras de Hinojales, del Castaño y Pelada se pasa a los 800-900 metros en el triángulo central de la Sierra de Aracena, para luego descender en altura hacia el oeste, este y sur.

Esta variedad estructural complejiza a su vez el sistema hidrográfico, en cuya red no se reconoce el paralelismo de los cauces fluviales que discurren por el resto de Sierra Morena siguiendo la disposición armónica camino del Guadalquivir (cuencas del Jándula, Guadalmellato, Guadiato, Bembézar, Retortillo, Rivera de Huéznar y Viar, entre otras). Aquí, sólo el Rivera de Huelva respeta esta orientación general marriánica.

Las fallas entrecruzadas del sector central de la Sierra y sus abundantes precipitaciones (en torno a 1.200 milímetros anuales) dan lugar a la formación de numerosos arroyos, ríos y barrancos que drenan sus aguas a cuatro cuencas hidrográficas distintas (Guadiana, Guadalquivir, Tinto y Odiel):

En la vertientes noroccidental y sur de las sierras centrales se organiza el curso del Chanza, que en dirección noreste-suroeste se dirige al encuentro del Guadiana, abriendo uno de los valles más extensos de la Sierra.

La vertiente septentrional de la Sierra de Aracena drena sus aguas hacia el Norte, configurando la red del Múrtigas que, en su transcurso hacia el Guadiana, ha labrado sobre las pizarras una serie de valles estrechos y encajados, de una gran riqueza natural y paisajística.

Las vertientes sur y nororiental y las alineaciones armónicas del cuadrante nororiental, dan lugar a la formación de unos cursos de agua que reproducen la dirección NO-SE, conformando la cuenca del Rivera de Huelva, tributaria del Guadalquivir.

La vertiente sur da origen a la red del río Odiel –hacia donde confluyen la riera de Santa Eulalia (que recoge las aguas de las rieras de Santa Ana, Linares y Alájar), el arroyo de la Fuente y la riera de Jabuguillo- y contribuye a alimentar la red del Chanza, por el Oeste, y la del Rivera de Huelva, por el Este.

Ya fuera del Parque Natural, en el Andévalo, nace el río Tinto, que debe su nombre al color de las aguas, consecuencia del lavado del mineral.

La mayor compartimentación orográfica, la complejidad hidrológica, y la consiguiente variabilidad edafológica y termoplumiométrica, determi-

nan que la multiplicidad de ecosistemas, ese dominio de lo pequeño y de lo diverso que caracteriza a toda Sierra Morena, adquiera en la Sierra de Huelva una especial significación.

Un poblamiento numeroso

La ocupación humana y la intensidad del poblamiento constituyen otras notas diferenciadoras de esta comarca onubense en el contexto de los espacios protegidos de Sierra Morena.

En 1997 habitaban la Sierra de Huelva un total 40.556 personas, que si bien son muchas menos que las presentes en otros momentos históricos, constituyen todavía una población relativamente abundante en términos comparativos con la de otros espacios naturales de este escalón de la meseta. Tan sólo el Parque Natural de la Sierra Norte de Sevilla alberga un volumen demográfico comparable (31.724 habitantes). En cambio, los parques de Hornachuelos, Cardeña-Montoro, Andújar y Despeñaperros se encuentran prácticamente vacíos de población.

Esta presencia del hombre, agente consustancial de espacios culturales como el que nos ocupa, aparece acompañada, en el caso de la sierra de Huelva, de una estructura de poblamiento especialmente tupida: veintiocho cabeceras municipales, más de medio centenar de aldeas y numerosos cortijos y caseríos, que contribuyen a acentuar la diversidad de un territorio, ya de por sí compartimentado desde el punto de vista físico.

No obstante, desde hace ya varias décadas, una amenaza se ciñe sobre la pluralidad de matices y la riqueza paisajística que esta densa ocupación humana imprime al territorio: el éxodo rural y el consiguiente riesgo de despoblamiento.

La adversidad del medio físico no supuso, al menos hasta la crisis demográfica de los años sesenta, una limitación para la ocupación humana de este espacio. Grandes conocedores de la riqueza asociada a la biodiversidad, los pobladores tradicionales de esta sierra supieron sacar partido de la compartimentación orográfica, escalonando espacialmente los usos y practicando una economía multiproductiva que les permitiría saldar con éxito las crisis de subsistencia. El resultado de esta sabia relación hombre-

medio es el crecimiento experimentado por la población serrana en el siglo que dista entre el censo de 1857 y el de 1960.

La población de la Sierra de Huelva se incrementó en un 70% en la segunda mitad del siglo XIX (de 36.383 habitantes en 1857 se pasó a cerca de 62.000 en 1900). Y entre esta última fecha y el máximo histórico alcanzado en 1930 (unos 75.000 habitantes) esta comarca acrecentó sus efectivos en más de 13.000 personas, llegando a 1960 con una población cercana a los 70.000 habitantes.

Pero esta línea evolutiva ascendente se torna marcadamente regresiva a mediados de este siglo. Los acontecimientos acaecidos en aquellos años (implantación de un modelo económico de corte desarrollista, poco respetuoso con lo pequeño y con lo diverso; marginalización de las economías serranas; vinculación de las industrias a las ciudades y del turismo masivo a los litorales, etc.) condujeron al éxodo de un contingente cercano a los 30.000 serranos. Es decir, en poco más de veinticinco años la población se redujo en un 40% y a mediados de los ochenta apenas superaba los 42.000 habitantes (Padrón municipal de habitantes de 1986).

Todos los municipios de la sierra perdieron en estos años población, aunque en una proporción variable. Los de economía más diversa y mejor situados en relación a los ejes viarios que cruzan este territorio superaron con mayor fortuna la embestida migratoria (caso de Aracena, cuya población retrocedió poco más de un 10%, y, en menor medida, de Jabugo, que perdió el 23% de sus habitantes). En cambio, la crisis se manifestó particularmente intensa en los alejados y más monoprodutivos núcleos del norte (Hinojales perdió el 56% de su población, en Encinasola y Cumbres de San Bartolomé la población retrocedió en más del 60% y en Cumbres de Enmedio las pérdidas afectaron al 75% de la población residente en 1960). Un abandono más dramático, si cabe, experimentaron las aldeas y caseríos, muchas de las cuales hoy persisten en estado ruinoso por la falta de moradores.

La conclusión de la diáspora migratoria no ha conseguido frenar la pérdida de pobladores que, desde hace ya algunas décadas, asola a este territorio. La población de la Sierra de Huelva ha descendido en más de 2.000 habitantes entre 1986 y 1997; no ya a causa de la salida de población, sino del envejecimiento demográfico y del agotamiento vegetativo.

La emigración anterior afectó particularmente a los efectivos más jóvenes, en edad de procrear. El resultado ha sido un progresivo envejecimiento de la población y un decrecimiento natural, producto de los escasos nacimientos y de las elevadas defunciones.

- La población de más de sesenta y cinco años supera, en el conjunto de la sierra, a la de menos de quince. En nueve de sus municipios la cuarta parte de la población está constituida por ancianos, siendo de destacar la situación de Cumbres de Enmedio (donde la población de más edad representa el 47%) y las de Castaño del Robledo, Cumbres de San Bartolomé, Linares de la Sierra o Valdelarco, con más del 30% de sus efectivos ancianos.
- La tasa de mortalidad de la Sierra de Huelva (del 12,44 por mil) sobrepasa a la de natalidad (12,12 por mil). Dos tercios de sus municipios presentan un saldo natural negativo. En algunos de ellos (Cumbres de Enmedio, La Nava, Los Marines o Santa Ana la Real) el elevado envejecimiento y el escaso volumen de población se combinan propiciando situaciones extremas, no siendo infrecuentes mortalidades por encima del 14 por mil y natalidades del cinco o del ocho por mil. El otro tercio de los municipios con un saldo vegetativo más favorable, registran un crecimiento natural muy reducido. La mejor situación la presenta Jabugo, con un crecimiento natural del 4,88 por mil (15,18 por mil de natalidad y 10,2 de mortalidad). Crecimientos menores (siempre por debajo del 3 por mil) registran municipios como Aracena, Aroche, Santa Olalla de Cala, Cala, Zufre, Puerto Moral o Fuenteheridos.

Las diferencias señaladas en relación con el movimiento natural de la población, unida a la llegada de nuevos moradores (los denominados neorrurales), atraídos por la riqueza paisajística de este territorio, ha llevado a un leve incremento poblacional de determinados municipios ubicados en las sierras centrales (Aracena, Castaño del Robledo, Fuenteheridos, Jabugo o Los Marines). No obstante, los núcleos situados en la periferia del Parque Natural siguen perdiendo población.

Si partimos de la consideración de que el hombre constituye un agente consustancial en la ordenación de esta sierra, habremos de concluir en la urgente necesidad de arbitrar una serie de medidas que consigan frenar el

riesgo de despoblamiento. Por otra parte, la llegada de nuevos moradores no constituye, por sí sola, una garantía suficiente para el mantenimiento de la diversidad característica de este territorio. Sería asimismo necesario preservar la sabiduría de sus pobladores de siempre, antes de que éstos desaparezcan de forma definitiva por agotamiento natural. Uno de los patrimonios que se pierden con el éxodo de los más jóvenes y sus consecuentes secuelas es la transmisión de conocimientos o de cultura territorial, del «hacer como Dios manda» que constituye –como vimos al principio– el factor fundamental de la configuración y permanencia de los paisajes y, a su vez, debe ser la base del ecodesarrollo de cualquier lugar en el mundo.

Un territorio difícil, de suelos pobres y poco apetecibles para la producción

La complejidad del medio físico hacen de la Sierra de Huelva un territorio difícil, reacio a la implantación de aprovechamientos masivos e incierto en cuanto a su explotación. Y así ha podido ser percibido este espacio por parte la burguesía concurrente a las subastas desamortizadoras del siglo XIX, que, ante estas limitaciones, debió centrar sus expectativas en la adquisición de otros predios, más fáciles de domesticar.

Otro hecho que debió coadyuvar en este proceso se relaciona con la inexistencia de un valle del Guadalquivir en el sur de este territorio, de unas poderosas campiñas necesitadas de las sierras adyacentes para practicar una transtermitencia ganadera que, en determinadas épocas del año, garantizase la alimentación de la numerosa cabaña que requiere el cultivo al tercio (tracción animal y abonado de los campos). Tales mecanismos sinérgicos darían como resultado la conformación de explotaciones mixtas sierra-campiña en las provincias de Córdoba y Sevilla (LÓPEZ ONTIVEROS, A. 1973; y VALLE BUENESTADO, B. 1985), que no parecen existir en la Sierra Morena onubense.

Según esta hipótesis, salvo notables excepciones (ubicadas sobre todo en la parte más oriental de este territorio, en torno al municipio de Aracena), la Sierra de Huelva no debió participar en las subastas desamortizadoras del siglo XIX al compás que lo hicieron otras comarcas de Sierra Morena. Prueba de ello es la preservación de un importante patrimonio rústico

propiedad del común de los vecinos, como es el caso de las más de 12.000 hectáreas que conforman la Sierra de la Contienda, hoy convertida en bienes de propios de las corporaciones de Aroche y Encinasola, que, a mediados de este siglo, inscribieron estos terrenos como tales en el registro de la propiedad.

Pero los pobladores de la Sierra, conocedores de la heterogeneidad de un territorio que ellos mismos habían forjado, adaptando una pluralidad de agrosistemas a las distintas posibilidades ofrecidas por el medio, debieron percibir como un recurso lo que la burguesía del momento consideró una limitación. Algunos de estos serranos, con una economía más desahogada merced al floreciente comercio mantenido con otras zonas (frutas y productos chacineros, fundamentalmente), debieron asimismo concurrir a las subastas desamortizadoras, convirtiéndose en propietarios de derecho de unas tierras comunales que venían explotando, al menos, desde la Reconquista.

En resumidas cuentas, si bien la Sierra de Huelva no se mantuvo al margen de los cambios acaecidos en la estructura de la propiedad a raíz de las desamortizaciones –privatización de terrenos de uso público, aparición de grandes explotaciones en manos privadas y proletarización de los vecinos no terratenientes–, en nuestra opinión (y aunque todavía carecemos de datos que nos confirmen la hipótesis), una extensión importante de terrenos de uso público quedaría sin subastar o rematar, a la par que muchos de los antiguos cultivadores consolidarían su posición como propietarios. El resultado sería la conformación de un importante tejido de pequeñas propiedades, que contribuye a acrecentar la ya repetida diversidad y singularidad que caracterizan a esta comarca.

Los datos contenidos en el primer censo agrario (1962), aunque muy alejados cronológicamente de los hechos que estamos relatando, confirman en cierta medida la apreciación anterior. Las pequeñas explotaciones (de menos de diez hectáreas) ocupaban en aquella fecha el 25% de la superficie de la Sierra de Huelva. Una proporción considerable si atendemos a su reducida extensión.

La crisis económica de los años sesenta y el éxodo rural que la acompañó, provocarían, más tarde, una reducción importante del número de explotaciones (de un total de 13.471 explotaciones censadas en 1962, se ha pasado a 9.943 explotaciones en 1972 y a tan sólo 5.205 en 1989) y

una mayor concentración de la propiedad de la tierra. Las pequeñas explotaciones, que en 1962 se repartían la cuarta parte de la superficie serrana, sólo ocupan en 1989 el 18% del territorio de esta comarca. En el otro extremo, las explotaciones de más de 100 Has, que en la década de los sesenta abarcaban el 75% de la superficie acaparan en 1989 más del 81% de la extensión de la Sierra. Paralelamente, el tamaño medio de estas grandes propiedades se ha incrementado en un 18%: de 418 Has, de media, en 1962 se ha pasado 497 Has en 1989.

No obstante, desconocemos aún múltiples aspectos relacionados con la estructura de la propiedad, que no figuran en el censo agrario, tales como la naturaleza de los propietarios, su condición rural o urbana, etc. Por otra parte, sería interesante analizar las transferencias de propiedades habidas en los últimos años y su relación con los precios de la tierra. Cuestiones, todas ellas, difíciles de precisar con los datos de que disponemos, pero para las que barajamos las siguientes hipótesis a debatir y desarrollar o matizar:

- Las grandes explotaciones pertenecen, en su mayoría, a propietarios de origen urbano cuya principal fuente de ingresos no proviene de esta comarca. Pero ello no significa que se trate, en todos los casos, de propietarios absentistas a la usanza en otros parques. Junto a la burguesía absentista que en distintos momentos históricos ha venido a colonizar este territorio, coexiste un abultado número de titulares que, aunque habitualmente residen fuera de la sierra (Huelva o Sevilla, preferentemente), mantienen una estrecha relación con este territorio, que en muchos de los casos los ha visto nacer.
- Siguiendo con la hipótesis señalada en páginas anteriores, las grandes explotaciones en manos de instituciones públicas (Ayuntamientos, Diputaciones....) deben mantener una presencia significativa; por lo que sería de gran interés analizar la gestión actual de estos espacios y la ordenación de sus usos.
- Las pequeñas explotaciones pertenecen en su mayoría a los serranos de siempre, o a los hijos de éstos, que han accedido a la propiedad por las leyes de la herencia. Y si bien en muchos casos estos pequeños propietarios habitan en la Sierra, en otras muchas ocasio-

nes han fijado su residencia definitiva en la ciudad y sólo acuden a este espacio los fines de semana.

- Junto a las tipologías anteriores habría que considerar la dinámica de un número indeterminado de pequeñas explotaciones en manos de propietarios neorrurales, que han aterrizado en esta sierra atraídos por la riqueza de sus paisajes, y cuyas fuentes de ingresos son muy variadas: distintas artes, agricultura ecológica, pensiones, turismo rural, etc.
- Para terminar, y sin ánimos de ser exhaustivos, en los últimos años se ha podido estar produciendo una nueva avalancha de compradores (algunos de ellos importantes instituciones, como el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla y Huelva ó el Corte Inglés), atraídos por la dinámica económica relacionada con la transformación del cerdo ibérico, o, lo que es más probable, con la oportunidad de recibir fondos públicos procedentes de la aplicación de las primas europeas (programa de reforestación y primas ganaderas). De confirmarse esta hipótesis, se estaría originando una nueva colonización de un espacio, que en poco más de un siglo ha pasado de ser una colonia de explotación, a ser una colonia de poblamiento y, en los últimos años, un emplazamiento idóneo para recibir subvenciones.

Actividades complementarias y economía múltiple

Según se señalaba más arriba, el hombre de la Sierra de Huelva supo sacar partido de las condiciones del medio, no apto para la producción agrícola masiva, respondiendo con unas estrategias básicas de objetivos muy claros (PAREJO DELGADO, C. 1995): **Ordenación espacial de los usos**, para que cada comunidad vegetal o animal quedara asociada a sus específicas condiciones ambientales y no se rompiera el equilibrio edáfico. **Movilidad temporal**, para utilizar en cada momento o estación los recursos que proporcionaba cada lugar. **Complementariedad de usos**, para poder diversificar los aprovechamientos en una economía poco abierta. Y **aprovechamiento integral de las producciones primarias**, para evitar el despilfarro.

El resultado sería, desde un punto de vista productivo, la práctica de

una economía múltiple y variada, que no sólo garantizaba el sustento de la población, sino que permitía la comercialización de excedentes (carne, frutas, madera o miel) a las grandes ciudades. Desde una perspectiva territorial, esta multiplicidad de respuestas llevaría a la formación de la pluralidad de paisajes que hoy distingue a esta sierra.

La complementariedad de usos característica del agrosistema dehesa constituye uno de los ejemplos más genuinos de esta explotación múltiple del territorio. La dehesa es un sistema de explotación ampliamente diversificado, que combina en el tiempo y en el espacio los usos agrícolas, ganaderos y forestales en una misma unidad de gestión.

La ganadería extensiva constituye el principal elemento productivo de la explotación de la dehesa. Se trataba, en las más tradicionales, de una ganadería muy diversa con dos especies dominantes: el porcino de raza ibérica y el ovino de raza merina. La rusticidad y adaptación al medio de estos animales permitía obtener el máximo aprovechamiento de los recursos disponibles: suelo (pastos) y vuelo (bellotas). Esta complementariedad ganadera se manifestaba, asimismo, en el sistema de reproducción de ambas especies, sujeto a un ajustado y sabio calendario que aplazaba las parideras en función de la disponibilidad temporal de los recursos (floreCIMIENTO de los pastos durante la primavera y provisión de bellotas entre finales de octubre y mediados de febrero). Pero el papel desempeñado por el ganado en este agrosistema sobrepasa ampliamente esta óptica productiva: su sola presencia garantiza la regeneración de los pastos, gracias al aporte de abono orgánico, y controla la invasión de matorral a través del pastoreo.

En cuanto a su aprovechamiento forestal, no puede olvidarse que el origen de la dehesa es un ahuecamiento del bosque mediterráneo de quercíneas y que éstas, en su estado natural, presentan un porte más arbustivo que arbóreo, por lo que para ser aprovechadas por el ganado, deben ser sometidas a varias podas, que ofrecen productos energéticos básicos (madera, leña, carbón). A este variado aprovechamiento productivo, hay que añadir la importante función medioambiental desempeñada por la masa arbórea: regulación de los recursos hídricos y mejora de la fertilidad del suelo.

Las tierras de cultivo –ocupadas por un aprovechamiento cerealista de largas rotaciones– tenía una menor significación económica en las

dehesas tradicionales; pero desempeñaba asimismo un papel de primer orden en la regeneración de los pastos y en la alimentación del ganado, para el que en determinadas épocas del año el aprovechamiento de las rastrojeras constituía uno de los pocos recursos alimenticios disponibles.

La pervivencia de tan sabio agrosistema se sustentaba, al igual que el conjunto de la economía serrana, en la presencia de una mano de obra abundante y barata y en el ejercicio de la pluriactividad. Dos oficios fundamentales en las dehesas tradicionales eran el de pastor, dedicado al cuidado de las ovejas, y el de porquero, que se ocupaba de varear las encinas para facilitar al cerdo ibérico el engorde durante la montanera.

Por otra parte, estamos ante un agrosistema que, por los cuidados que requiere, se asemeja más a un jardín que a una explotación agraria (IBÁÑEZ, J.J. Y OTROS, 1881) Además de la poda de los árboles, una práctica necesaria para la preservación de la dehesa es la lucha contra el matorral, cuyo avance impide el desarrollo de los pastos y el acceso del ganado. La forma más generalizada de combatir el matorral en las dehesas tradicionales consistía en el cultivo de las tierras pastadas a intervalos más o menos largos, según la fertilidad de los suelos. Para ello, los pequeños propietarios y campesinos sin tierra –denominados pegujaleros– arrendaban a los grandes propietarios una parte de sus explotaciones, que cultivaban de cereal por un periodo generalmente de dos años, al cabo de los cuales tenían que devolver el pejugal. Con ello, el propietario se garantizaba durante varios años el buen estado de los pastos sin coste alguno, hasta que retornaban las malas hierbas, y entonces se volvía a acudir al pegujalero.

En suma, el ejercicio de la pluriactividad constituía uno de los pilares fundamentales de la estructura económica de la diversificada sierra. El pequeño propietario y el campesino sin tierra, a la par que agricultor, actuaba como arrendatario, pastor, porquero, descorchador, carbonero, según los casos, en las grandes explotaciones adhesionadas.

Pero la significación socioeconómica y territorial de la dehesa no debe menoscabar la importancia de otros usos tradicionales de este espacio, como la explotación de castaños y alcornoques, o los beneficios obtenidos de las áreas de cultivo.

La explotación de los castaños constituía una importante fuente de recursos para las economías de la montaña media mediterránea más húmeda. Su fruto (la castaña) ha estado siempre presente en la dieta de la población y, una vez deshidratado, se erigía en un importante complemento en la alimentación animal. Resulta asimismo destacable la utilización de la madera de castaño para fabricación de mobiliario y otros enseres domésticos. En las áreas de umbría de la sierra de Huelva los castañares adquieren gran significación como cultivos industriales promovidos por industriales catalanes. Igual ocurre con los alcorncales, cuya promoción aquí por parte de los industriales catalanes del corcho, ha conducido a considerarlos como «bosques reconstruidos» (ÁVILA, D. 1981) El descorche, cada nueve años, de la corteza del alcornoque añadía, por su parte, una renta adicional a las economías campesinas tradicionales.

En lo que respecta al espacio ocupado por la agricultura, destaca, por su significación territorial, la triología mediterránea (cereal, olivo y vid); pero eran los frutales de regadío los que proporcionaban los principales beneficios.

Los cereales de secano destinados a la alimentación animal (cebada, avena y centeno) y humana (trigo) y las plantaciones de olivar (garantía para la provisión de aceite) constituían los cultivos más extendidos. No menos importancia para el autoabastecimiento serrano tenían los majuelos de viñas, que proporcionaban el vino necesario para la celebración de la misa diaria y para el consumo de la población. No obstante, la pobreza edáfica de esta sierra deparaba unas cosechas muy exiguas, por lo que era necesario acudir a otras zonas para la provisión de estos productos (vinos del Condado, cereal de la Mancha, etc.).

Una mayor significación económica tenían los frutales de regadío (peras e higos de Galaroza y Cortegana, nogales de Aracena e Hinojales, melocotoneros de la Nava, cerezos, cantuesos, guindos, etc), que no sólo garantizaban el autoabastecimiento de la población, sino que originaban un floreciente comercio, que llevó a la aparición de una variada gama de oficios (carreteros, arrieros, cesteros) que contribuían a diversificar la multivariada fuente de ingresos de este variopinto territorio.

La transformación de las producciones primarias (elaboración de jamones y chacinas a partir del cerdo ibérico, confección de distintos utensilios

lios utilizando el corcho del alcornoque, fabricación de muebles con madera de castaño, etc.) daría así mismo lugar a la aparición de una multiplicidad de empresas artesanas, muchas de las cuales vendían sus productos fuera de la sierra.

A partir de los años sesenta una serie de hechos se conjugan propiciando la quiebra de esta multivariada economía:

El desarrollismo lineal, mecanicista y masivo, que define dicha década, va a conducir inexorablemente a la crisis de sus aprovechamientos tradicionales, basados -como hemos visto- en la explotación sincrónica de los diferentes recursos en unos tiempos largos.

Paralelamente, el proceso migratorio privó a la economía de esta comarca de uno de sus soportes fundamentales: la existencia de una mano de obra abundante, barata y flexible, que con el trabajo diario garantizaba su funcionamiento. Asimismo, llevó a la desaparición de una amplia gama de oficios (podadores, porqueros, pegujaleros, descorchadores, carboneros) que estaban en la base de su peculiar articulación interna.

A ello se sumó la entrada desde Portugal de la peste porcina africana, que diezmo considerablemente la cabaña de cerdo ibérico y propició una gran sacudida a la economía de montanera.

Las respuestas ante la crisis por parte de las economías serranas no se hicieron esperar:

Las grandes explotaciones en manos de propietarios con otras fuentes de ingresos fueron las que mejor se mantuvieron; pero a menudo modificaron sus aprovechamientos convirtiéndose en cotos de caza o siendo repobladas con especies forestales foráneas (eucaliptos fundamentalmente). Su crisis se manifiesta igualmente cuando estos propietarios optan por continuar con los aprovechamientos anteriores, ya que suele mermar la superficie pastable por avance del matorral y por el abandono de los cultivos y se descuida la vegetación arbórea.

En ganadería, estos cambios estuvieron marcados por el retroceso del cerdo ibérico arriba señalado, por la semi-intensificación ganadera (cruce del porcino autóctono con razas importadas) y por la sustitución generali-

zada de ovinos por vacunos, preferidos por su facilidad de manejo en un contexto caracterizado por la escasez de pastores. El resultado sería un incremento de las cargas ganaderas y una mayor dependencia alimenticia del exterior (necesidad de adquirir piensos compuestos) debido a la adaptación de la nueva cabaña al medio serrano.

La crisis afectó muy particularmente a los pequeños propietarios de los ruedos de los pueblos, muchos de los cuales se vieron obligados a emigrar. Ello llevaría a la desaparición generalizada de las huertas de regadío y al deterioro, por falta de cuidados, de la producción de frutales. Los pequeños propietarios que permanecieron en la Sierra buscaron en el sometimiento a las grandes firmas de pienso (a través de la integración ganadera) un complemento a su maltrecha economía. El resultado sería la aparición de una ganadería nueva y de integración vertical, la explotación industrial de aves, que supone el máximo escalón de la dependencia del exterior de una economía antaño autosuficiente.

Dando un salto en el tiempo, el panorama actual de las actividades y la economía de la Sierra de Huelva se resuelve como sigue:

La superación de la peste porcina y la posibilidad de comercializar los productos del cerdo ibérico en los mercados exteriores está inyectando un nuevo impulso a la economía de la montanera. Paralelamente, la opción del consumidor por productos de calidad está suponiendo una importante revitalización de la industria chacinera, convertida hoy en uno de los pilares fundamentales de la estructura económica de la sierra.

El otro gran pilar de la economía actual de esta comarca parece ser una actividad nueva, el turismo rural, practicado con especial intensidad en las sierras centrales más accesibles. Y que, si bien puede significar un complemento de ingresos, también puede deparar –sobre todo si no está bien planificado– un empobrecimiento paisajístico –por la inadaptación al medio de las nuevas construcciones– y una merma de los recursos –en caso de que se sobrepase la capacidad de acogida de este frágil territorio–.

Las restantes producciones características de la economía tradicional han corrido distinta suerte:

La ganadería ovina persiste, con más pena que gloria, merced a las ayudas europeas. Si bien la percepción de las primas comunitarias está propiciando una importante recuperación del censo de ovejas, la falta de atención a esta cabaña y su exclusión de los programas de mejora están convirtiendo al ovino en una especie subsidiada, situada al margen de cualquier expectativa comercial o productiva. Un proceso similar está experimentando el vacuno, sólo que en esta especie la incidencia de las primas es inferior debido a que la venta de los terneros a poco tiempo de nacer restan aplicabilidad a las ayudas comunitarias al vacuno de carne.

La explotación cinegética mantiene cierta entidad en determinados parajes (caso de las 2.300 Has del coto Caravales, situado en las proximidades de Cala y de otros enclaves cinegéticos de las sierras orientales); pero sus beneficios económicos raramente revierten en la población serrana. Una mayor alcance social tienen los cotos de caza menor gestionados por sociedades de cazadores, aunque su significación económica es igualmente limitada.

La comercialización de frutales, esto es, otro de los recursos productivos tradicionales de esta sierra, no ha conseguido despegar más allá de las ventas efectuadas a los numerosos urbanitas que los fines de semana pueblan este territorio.

La fabricación de tapones de corcho mantiene una cierta relevancia en determinados municipios (Higuera de la Sierra y Cortegana, fundamentalmente); pero se trata de una industria en decadencia debido a la competencia de las empresas portuguesas -que producen más barato- y a la saturación de los mercados tradicionales, sin que se busquen otros nuevos.

El complemento de ingresos proporcionado por las actividades predatorias (carboneo, leñas..) prácticamente ha desaparecido. Sólo persiste, entre estas prácticas, la recolección de setas silvestres; pero su significación económica es igualmente muy escasa.

En resumidas cuentas, la estructura económica de la Sierra de Huelva sigue siendo variada (ganadería, industria, turismo, etc.), lo que sin duda constituye un valor. No obstante, el futuro económico de esta comarca pasa por el diseño un conjunto de estrategias que vayan más allá de las

sucesivas coyunturas a las que se ha visto sometida en distintos momentos históricos, y que hoy se manifiesta en forma de subvenciones.

Por otra parte, las cuantiosas subvenciones que se están recibiendo –de las que después nos ocuparemos– no están consiguiendo mitigar una doble problemática: el abandono de la población, analizado más arriba, y el abultado índice de desempleo. Mas del 30% de la población activa de la Sierra de Huelva se encuentra desempleada. No son infrecuentes índices de desempleo superiores al 40%, aunque resulta destacable la situación de algunos municipios (Cañaveral de León o Cumbres de Enmedio) con una tasa de paro por encima del 65%, o el caso extremo de Hinojales donde el índice de desempleo se aproxima al 75%.

Paisajes variopintos y muy atractivos.

La diversidad de paisajes –uno de los principales patrimonios con que cuenta la Sierra de Huelva para la promoción ordenada de un turismo alternativo– es producto de la combinación entre un variado medio físico y la continua presencia del hombre, que ha modelado este espacio en función de sus necesidades y de las distintas posibilidades ofrecidas por la naturaleza. La presencia de una tupida red de asentamientos que, a lo largo de la historia, ha ido organizando el espacio circundante, contribuye asimismo a acentuar su diversidad y atractivo.

La organización del terrazgo a partir de los núcleos de población presenta un esquema radioconcéntrico, distribuido en grandes bandas a partir del caserío. En la primera corona que rodea al pueblo aparecen las tierras de cultivo intensivo (cereal, forrajeras, hortalizas y frutales), a menudo cercadas con unos muros de piedra que imprimen una gran personalidad cultural a esta unidad de paisaje, no menos rica en matices por ser el producto más cercano a la continua tarea del hombre. En un segundo ruedo se encuentran las plantaciones de olivos, distribuidas, igualmente, en pequeñas y medianas propiedades.

Más allá del ruedo se encuentran las dehesas de encinas, alcornoques y quejigos –que, en términos paisajísticos, se distinguen por constituir un ahuecamiento del bosque mediterráneo primitivo– y el territorio montañés, formado por manchas de matorral (producto, en muchos casos, de

deforestaciones históricas) y por áreas reforestadas con especies madereras (8.500 Has de eucaliptos, 3.800 Has de pinar y unas 300 Has de chopo).

En las laderas de umbría del triángulo central de la Sierra de Aracena, donde las precipitaciones son más abundantes, las temperaturas más suaves y la humedad edáfica mayor, se sitúan las plantaciones de castaños que, en el discurrir de las estaciones, imprimen a este espacio una variada riqueza cromática (troncos fantasmagóricos en invierno, verdor en verano y color rojizo intenso en otoño).

Una riqueza considerable imprime igualmente en el paisaje la vegetación que conforma los bosques galería que surcan los numerosos cursos de agua que recorren esta sierra.

En esta variedad de paisajes van destacando las distintas unidades de edificaciones: caseríos y núcleos de población (que encierran un patrimonio inmensurable) y determinadas obras de ingeniería civil (caso de los embalses de Aracena y Zufre), que si bien pueden resultar cuestionables desde muchos puntos de vista, no cabe duda de que enriquecen desde una perspectiva visual el paisaje circundante.

Estas unidades de paisajes, gestadas en distintos momentos históricos en respuesta a necesidades e intereses de muy distinta procedencia, presentan actualmente un especial dinamismo: abandono de huertas y deterioro de las cercas de piedra; ruina de antiguos caseríos y aparición simultánea de nuevas construcciones –a menudo poco respetuosas con el medio– destinadas a albergar un turismo rural en auge; avance de las repoblaciones forestales auspiciadas por el programa europeo de forestación de superficies agrarias, etc.

Entre esta dinámica, nos interesa poner el acento en las repercusiones paisajísticas que pudieran derivarse de la aplicación del programa de reforestación. Las cuantiosas ayudas otorgadas por esta medida comunitaria, y la oportunidad de incrementar las subvenciones si se opta por reforestar con encinas y alcornoques, está llevando a una recolonización de la sierra con estas especies.

Si bien en algunos casos este proceso puede suponer una cierta cicatrización de antiguas heridas asestadas a este territorio (reforestación de áreas degradadas, ocupadas por matorral pionero; sustitución de planta-

ciones de eucaliptos por reforestaciones de quercíneas) en algunas ocasiones puede conllevar una monotonía paisajística: ¿Qué valor visual concederíamos a estas plantaciones si ocuparan la superficie de castaño o las huertas de regadío?

Sin necesidad de invocar estas situaciones extremas, que por otra parte están dentro de lo posible, nos preocupa muy especialmente el futuro de la dehesa —en cuanto agrosistema que configura una particular unidad de paisaje— a raíz de esta dinámica.

En el apartado anterior nos ocupamos de la dehesa como sistema de explotación. Como unidad de paisaje, la dehesa se constituye a partir del ahuecamiento del bosque primitivo de encinas y alcornoques, al que se ha sometido a sucesivas labores de poda, tala y supresión de malas hierbas, hasta conseguir una densidad arbórea entre 40 y 60 pies por hectárea que, repartidas entre áreas de pastos, le imprimen una imagen de sabana o monte aclarado o monte hueco, con el que también se le conoce.

Estamos, pues, ante un paisaje producto de la intervención humana; de ahí que el proceso migratorio y el incremento salarial de los años sesenta provocara su deterioro por falta de cuidados (poda y tala de los árboles) y mermara su superficie, como consecuencia de la invasión de matorral y de las reforestaciones con eucaliptos.

En nuestra opinión, el futuro de la dehesa pasa por una vuelta a la sincronización de sus aprovechamientos (control de las cargas ganaderas, mejora de las áreas de pasto, limpieza de matorral, poda y tala de los árboles, etc.) y por la búsqueda de una salida económica al conjunto de sus producciones (no sólo al cerdo ibérico, sino también el vacuno retinto o la oveja merina, por sólo citar a las especies ganaderas) que permita rentabilizar las prácticas culturales que requiere este agrosistema.

El programa europeo de reforestación de superficies agrarias no garantiza, según creemos, la consecución de este cometido. En primer lugar, la mayor parte de las reforestaciones responden más a la oportunidad de recibir dinero fácil, que a una clara concienciación sobre la necesidad de recuperar la dehesa. Por otra parte, la densidad de las nuevas plantaciones (unos 400 pies por hectáreas) se contradice con su característico ahuecamiento y puede llegar a ahogar la ganadería. Finalmente, y sin ánimos de ser exhaustivos, los cinco años de percepción de la prima de mantenimien-

to resultan a todas luces insuficientes para garantizar su pervivencia: la preservación de la dehesa necesita de un cuidado constante que sobrepasa ampliamente a los cinco años de percepción de la ayuda europea habilitada para tal fin. Y nada nos induce a pensar que el cuidado de la masa arbórea se prolongue más allá de los años de vigencia de esta ayuda.

Ello nos lleva nuevamente a concluir en la necesidad de diseñar una estrategia a medio y largo plazo que defina la organización futura de esta sierra, superando las sucesivas coyunturas a las que se ha visto sometida. Y si, una vez definido el modelo a seguir se determina que las ayudas europeas pueden contribuir a su consecución, bienvenidas sean.

4. A MODO DE RECAPITULACIÓN

La crisis de los aprovechamientos tradicionales de Sierra Morena no fue la resultante de una dinámica interna, sino que surgió como efecto de un cambio de filosofía impuesto desde fuera. El proceso desamortizador del siglo XIX se tradujo en un cambio jurídico de la propiedad, con innegables consecuencias sociales y políticas, pero no afectó de forma generalizada a sus usos y aprovechamientos tradicionales, ni asestó un golpe irreparable a sus unidades de paisaje.

El modelo productivista de los años sesenta, con su dogma de crecimiento y su afán por homogeneizar territorios diferentes, provocó la marginación de las áreas serranas. El resultado sería, según hemos visto, el abandono de la población, la crisis económica y el deterioro de los paisajes.

El contexto socioeconómico actual ha conducido a una nueva concepción con importantes repercusiones en los espacios situados al margen del esquema desarrollista. El productivismo a ultranzas ha dejado paso a una mentalidad agroambientalista que aboga por la recuperación de los agrosistemas tradicionales, a los que se asigna un papel fundamental en la corrección de los desequilibrios anteriores. Paradójica y paralelamente, su relegación a la marginalidad en las décadas de duro crecimiento, ha permitido a estos ámbitos serranos preservar su diversidad cultural y paisajística: un recurso especialmente valorado por la sociedad actual, que ha llevado a su declaración como espacios protegidos.

Como consecuencia de ello, estas sierras, antes marginadas, se convierten, en muchos casos de forma indirecta, en el punto de mira de las políticas actuales. Pero tales políticas se enmarcan también en un ámbito exógeno a este territorio.

Las decisiones sobre el futuro económico y la gestión territorial de Sierra Morena se toman en los despachos de Sevilla o Bruselas, según los casos, sin participación alguna por parte de la población directamente implicada, que, aunque con algunas reticencias, se somete a los planes de ordenación diseñados por los técnicos ambientales, cuando no se convierte en mera ejecutora de unos programas que les depara una cierta inyección monetaria.

Desde un punto de vista económico, ello está convirtiendo a Sierra Morena en un territorio subsidiado, dejado a merced de las primas comunitarias. Una opción especialmente comprometida para el futuro de esta sierra.

En primer lugar, hay que partir de la base de que las subvenciones europeas no han sido diseñadas pensando en este territorio; de ahí que los distintos programas (reforestación, primas ganaderas, indemnizaciones compensatorias para áreas desfavorecidas, primas por superficies, ayudas al aceite de oliva, etc.) no pasen de incidir de forma aislada en cada uno de sus componentes y elementos de los distintos agrosistemas, sin tener en cuenta las repercusiones sobre los conjuntos. Por otra parte, entra dentro de lo previsible la cercana reducción de estas ayudas –e incluso la desaparición de algunas de ellas–, tal como ya se contempla en la Agenda 2000. A lo que se viene a añadir el reciente debate suscitado en la opinión pública que, de forma creciente, se cuestiona la oportunidad de subvencionar a los grandes propietarios, a los no agricultores y a las producciones sin una clara proyección económica o medioambiental.

Desde un punto de vista de la ordenación de los usos y de la gestión de los recursos de Sierra Morena, los planes de ordenación de los recursos naturales elaborados por los técnicos ambientales adolecen de un marcado sesgo naturalista, que, la mayor parte de las veces, considera al hombre como un agente perturbador, y no como una pieza clave en la organización de este espacio.

Esta tónica generalizada para el conjunto de los espacios calificados

como parques naturales de este escalón de la meseta, adquiere unos tintes diferentes en cada una de sus comarcas y lleva a una indudable paradoja a la Sierra de Huelva: Aunque, desde un punto de vista económico, esta comarca pueda estar optando entre el sometimiento al subsidio y la apuesta por una competitividad basada en la calidad de lo diverso –una alternativa, esta última, difícil de encontrar en otros espacios protegidos de Sierra Morena-, desde una perspectiva territorial, el Plan de Ordenación de los Recursos Naturales del Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche, simplifica, sobremanera la zonificación interna de este espacio, en contraste con su diversidad.

El balance de las ayudas gestionadas por la Consejería de Agricultura y Pesca y recibidas en la Sierra de Huelva, nos permite abundar en la disyuntiva apuesta por el subsidio-búsqueda de la competitividad, en la que se debate la economía de esta comarca.

Balance de las ayudas recibidas por los municipios integrantes del Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche en 1996

<i>Programas</i>	<i>N.º Solicitudes</i>	<i>Subvención (ptas.)</i>	<i>Inversión (ptas.)</i>
Programa europeo de reforestación	122	1.674.468.530	
Prima a las vacas nodrizas	499	626.471.370	
Primas ovino-caprinas	591	238.785.996	
Ayuda a los productores de aceite de oliva	1.060	92.880.150	
Ayuda a los productores de carne de vacuno	96	73.430.952	
Ayuda a la transformación y comercialización de productos agrarios	1	65.934.999	178.334.999
Inversiones imputables al LEADER II	25	66.935.802	235.910.171
Ayudas a la sequía	116	45.007.283	
Ayuda a superficies de cultivos herbáceos	56	43.464.329	
Indemnización por campaña de saneamiento ganadero	224	39.198.370	
Ayuda a la instalación de jóvenes agricultores	9	23.277.028	30.401.295
Programa agroambiental	53	19.287.578	
Indemnización compensatoria áreas desfavorecidas	117	11.320.827	
Ayudas a inversiones en planes de mejora	3	5.332.778	13.982.428

<i>Programas</i>	<i>N.º Solicitudes</i>	<i>Subvención (ptas.)</i>	<i>Inversión (ptas.)</i>
Ayudas al almacenamiento privado de carne de porcino	2	0.581.484	
Arranque de melocotoneros	1	4.273.117	
Mejora a la comercialización en origen de productos agrarios	1	2.000.000	4.750.000
Prima polinización	3	1.620.000	
Ayuda a la celebración de certámenes, ferias y exposiciones	2	1.100.000	
Totales		3.044.370.593	463.378.893

FUENTE: Información interna facilitada por la Delegación Provincial de Agricultura de Huelva. Elaboración propia.

En 1996 la Sierra de Huelva recibió más de tres mil millones de pesetas de subvención, por estas ayudas. La mayor parte de las mismas se destinó a la financiación de programas que no requieren contraprestación alguna por parte del beneficiario (reforestación de superficies agrarias, primas a las vacas nodrizas, primas al ovino-caprino, ayudas a los productores de aceite de oliva, primas a los productores de carne de vacuno, etc.). Es decir, se trata de medidas que, desde una perspectiva económica, pueden llevar a la configuración de un tejido de explotaciones subsidiadas, poco incentivadas en la búsqueda una salida comercial para sus producciones.

No obstante, esta apuesta por el subsidio, que comparte la Sierra de Huelva con el resto de Sierra Morena, se acompaña, en este caso, de la búsqueda de una mayor competitividad económica, avalada por los siguientes hechos:

Las cuantiosas inversiones realizadas (más de 450 millones de pesetas), que si bien no son comparables a las subvenciones recibidas, en determinados casos –ayudas a la transformación de productos agroalimentarios (Decreto 183/1987) e inversiones imputables a la aplicación del LEADER II)– denotan una innegable apuesta por la dinamización económica de este espacio.

Una especial significación adquiere, así mismo, el reparto interno del

presupuesto del programa LEADER. A diferencia de otras comarcas (caso de la Sierra Norte de Sevilla o de la Subbética cordobesa), que han orientado la mayor parte de estos fondos a la promoción del turismo rural, el LEADER de la Sierra de Huelva está apostando decididamente por el impulso de la industria transformadora de los productos del cerdo ibérico, uno de los principales recursos económicos con que cuenta esta comarca.

La propia dinámica del cerdo ibérico, una especie que no recibe ningún tipo de ayuda, manifiesta nuevamente el desafío de esta sierra por encontrar una salida para sus producciones.

No menos importancia, a pesar de su poca cuantía y del escaso número de empresas implicadas, adquieren las inversiones destinadas a introducir mejoras en la explotación, la instalación de jóvenes agricultores o la inversión realizada por una cooperativa de Galaroza para mejorar la comercialización en origen de sus productos agrarios.

En resumidas cuentas, si bien la Sierra de Huelva constituye un territorio emergente en el conjunto de Sierra Morena, estas mejores perspectivas no deben enmascarar otras consideraciones tales como la relevancia que mantienen los subsidios y el peligro que entraña la conformación de una agricultura sin agricultores. En relación con esto último, en páginas anteriores señalábamos cómo la mayor parte de la superficie de este territorio está en manos de propietarios que no viven de la tierra y, que en la mayor parte de los casos, sólo se ocupan de ésta para acaparar subvenciones. Muy ilustrativo de ello resulta también la escasa incidencia de las primas comunitarias para áreas desfavorecidas. De las más de 5.000 explotaciones censadas en esta comarca sólo 117 se han acogido a este programa. Lo que llama poderosamente la atención, ya que la percepción de esta ayuda es complementaria a los restantes programas y no requiere de un desembolso monetario previo. En nuestra opinión, la escasa aceptación de esta medida se explica por el hecho de constituir éste uno de los pocos programas europeos que exige a sus beneficiarios el ejercicio de la agricultura como actividad principal y el único que requiere que el solicitante de la ayuda resida en la misma comarca en que se sitúa la explotación.

Una cierta incongruencia para la organización futura de esta sierra se deriva de las disposiciones contenidas en el plan de ordenación de los re-

cursos de este parque natural. A diferencia de otros planes, como el de la Sierra Norte de Sevilla (que distingue veintitres zonas a efectos de ordenación), el de Cardena-Montoro (con una zonificación interna integrada por doce unidades) o el de la Sierra de Hornachuelos (que diferencia diez unidades en el interior de este parque natural), el PORN de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche, llamado a gestionar uno de los espacios protegidos más extensos, complejos y diversos de Andalucía, realiza una simplificación extrema de esta comarca onubense, diferenciando sólo tres zonas en las cerca de 185.000 Has de espacio protegido: 1) Las dehesas y los bosques de quercíneas, 2) Los cauces y riberas y sus zonas de servidumbre y 3) El resto del parque natural.

En esta última categoría (resto del parque natural) para la que no se contempla regulación alguna, ni se señalan criterios de ordenación, se incluyen áreas tan diversas como los matorrales y pastizales, las áreas de cultivo, los huertos, las zonas desarboladas, los olivares y los eucaliptales. Es decir, se desestima, por ejemplo, la cultura ancestral y la riqueza paisajística de los huertos cercados de piedra de los ruedos de los pueblos.

En la definición de los terrenos que integran la primera de las zonas arriba señaladas, se recoge textualmente: «Se entiende por dehesas y bosques de quercíneas las manchas de vegetación constituidas por encinares, alcornoques, quejigales, castañares o robledales, ya se presenten en formaciones monoespecíficas o mezcladas, y con porte arbustivo o arbóreo» (art. 173 PORN del Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche).

Queda, pues, de manifiesto el gran desconocimiento de esta sierra por parte de los diseñadores del PORN. Se confunde la dehesa –entendida como un sistema vivo de explotación rural– con el bosque de quercíneas y se incluye en esta categoría una unidad tan emblemática de este parque natural como las plantaciones de castaño, que evidentemente no constituyen ni una dehesa ni un bosque de quercíneas, y que hubiera merecido una ordenación individualizada.

En los capítulos del PORN relativos a la ordenación de los usos en el interior del parque se presta una especial atención a los recursos naturales (suelo, formas estructurales, vegetación, fauna) al tiempo que se infravaloran aquellos componentes resultantes de la intervención humana. Así, por ejemplo, las directrices que regulan la gestión ganadera se refieren sobre todo a

la consideración de esta actividad como una amenaza para el desarrollo de la vegetación, y no como un elemento consustancial para el mantenimiento de determinados agrosistemas serranos (caso de la dehesa) y de su propia biodiversidad.

Otro tanto cabe señalar en relación con los recursos forestales, en cuya gestión se desestima la intervención del hombre, por lo que no resultan excepcionales aseveraciones como la siguiente: «los montes como ecosistemas forestales deberán ser gestionados de forma integrada contemplándose, conjuntamente, la vegetación, la fauna y el medio que los constituyen, con el fin de conseguir un aprovechamiento sostenido de los recursos naturales» (art. 62 del citado PORN).

Evidentemente, esta pretendida gestión integrada y esta sostenibilidad de los recursos pasa por alto el papel desempeñado por el hombre (con sus actividades) en la configuración de los paisajes de esta sierra.

A pesar de haber pasado de una posición marginal a situarse en el centro de confluencia de distintas líneas políticas, el futuro de los distintos agrosistemas y unidades de paisaje de esta variada sierra onubense no está en absoluto garantizado. Es más, según nuestra opinión los programas emanados de la política agraria europea y las disposiciones contenidas en el PORN pueden llegar a suponer una amenaza para el mantenimiento de la diversidad que distingue a la Sierra de Huelva.

EPÍLOGO: LA NECESIDAD DE BUSCAR UN CAMINO HACIA LA AUTOGESTIÓN

La superación de los modelos coloniales y dependientes antes descritos exige, en primer lugar, una aproximación analítica y diagnóstica a este territorio de Sierra Morena con intereses globales y estructurales –el interés colonial es siempre sectorial y coyuntural–, que conduzcan al establecimiento de unas bases económicas, territoriales, sociales y políticas de un programa educativo general, cuyo objetivo sería ayudar a la implícitamente culta sociedad serrana a que redescubra lo siguiente:

– Que la singularidad de su territorio exige un respeto a la diversidad y a lo pequeño y cualitativo. Que debe contar con la suficiente seguridad

en ello como para no dejarse engañar por los cantos de sirena del mercado competitivo y masivo. El respeto a sus reales posibilidades y a su cultura secular puede ser uno de sus grandes valores de futuro.

– Que necesita recuperar urgentemente la inteligencia social, o sea, aquella vieja cultura territorial, expresada en las dehesas, el uso del agua –destiladas culturas mediterráneas–, los paisajes y patrimonios urbanos, el castañar, las artesanías y pequeñas producciones...y, manteniendo los principios generales que las generaron, reconvertirlas en oportunidades singulares de sus comarcas en un mundo contemporáneo y globalizado.

– Que está obligada a configurar una democracia real y participativa, superadora de la meramente formal y electorera. Para ello, tiene que inventar mecanismos y espacios de participación que le conduzcan a una sociedad libre y crítica. Sólo esa libertad y esa capacidad crítica le hará reconquistar su propio medio ambiente y le dará capacidad para autogestionarlo con espíritu abierto y contemporáneo.

– Que necesita consensuar un modelo de futuro para su territorio que, superando las distintas coyunturas y planteamientos coloniales o asistenciales, establezca unas pautas claras –aunque flexibles– de comportamientos individuales y colectivos ante los paisajes y marque unos caminos y unos controles a cualquier tipo de intervención territorial.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁVILA FERNÁNDEZ, D. (1981) *Campofrío. Una forma de vida entre la Sierra y la Mina*. Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Huelva. Huelva.
- BRAUDEL, F. (1998) *Memorias del Mediterráneo. Prehistoria y antigüedad*. Ed. Cátedra. Madrid.
- IBÁÑEZ, J.J. y otros (1981) «Propuesta de ordenamiento de los agrosistemas de dehesas en la Península Ibérica. *Revista de Estudios Agro-Sociales* n.º 114, pp. 39-79.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1973) *Emigración, propiedad y paisaje agrario en la campiña de Córdoba*. Ed.. Ariel. Barcelona.

- MORENO ALONSO, M. (1982) «Despoblamiento y emigración en la Sierra de Huelva». *Agricultura y Sociedad* n.º 25, pp. 207-224.
- OJEDA RIVERA, J. Y SILVA PÉREZ, R. (1997) «Dehesas de Sierra Morena y políticas agroambientales comunitarias», en *Estudios Geográficos* n.º 227, pp. 203-226.
- PAREJO DELGADO, C. (1995) *El medio rural en Andalucía*. Editorial Librería Ágora. Málaga.
- PLAN de Ordenación de los Recursos Naturales y Plan Rector de Uso y Gestión del Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche*. Consejería de Medio Ambiente. Sevilla. 1995.
- ROUX, B. (1975) *La crisis agraria de la sierra andaluza. Un estudio económico de las empresas ganaderas de la provincia de Huelva*. Instituto de Desarrollo Regional. Universidad de Sevilla.
- SILVA PÉREZ, R. (1997) «Las políticas de apoyo a las explotaciones agrarias. Sus repercusiones en la Sierra de Huelva». *Huelva en su Historia* n.º 6, pp. 189-208.
- SISTEMAS agrarios tradicionales de dehesa en las comarcas de la Sierra y los Andévalos de la provincia de Huelva*. Consejería de Agricultura y Pesca. Junta de Andalucía. Sevilla, 1997.
- VALLE BUENESTADO, B. (1985) *Geografía agraria de Los Pedroches*. Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Córdoba. Córdoba.